

mir el furor de su genio , la soledad , las cadenas , una cama de bálago y Bedlam serian el término de la carrera del célebre y perfecto Villiers , duque de Buckingham.

CAPITULO IV.

¿ Cual de esas disensiones fué el origen ?
Vais á juzgar : que no es asunto leve.

Albion.

Las disputas entre marido y muger pasaron á ser proverbio , pero no piensen los buenos y honrados esposos que las uniones de naturaleza menos estable no tengan que deplorar altercados iguales. El arrebató amoroso del duque de Buckingham , y la desaparicion de Adelaida

Bridgenorth que fuera su resultado, habian encendido el fuego de la discordia en casa de Chiffinch cuando al entrar en casa supo sucesos tan sorprendentes.

— Ya se lo digo á vm., dijo á su condescendiente compañera que no parecía sino muy poco afectada por todo lo que le decia él sobre este asunto. Ya se lo digo á vm. que su maldita negligencia destruyó una obra de muchos años.

— Creo que ya me lo ha dicho vm. veinte veces, respondió la dama; y si no me lo hubiese asegurado con tanta frecuencia, hubiera creido que la menor bagatela podia bastar para trastornar un plan formado en esa su mollera, por mucho tiempo que haya empleado en madurarle.

— Pero, ¿ cómo demonios ha sido vm. tan desatinada que haya permitido entrar aquí á Buckingham cuando esperaba vm. al rey?

— Válgame Dios, Chiffinch, esa pregunta debia vm. hacérsela al portero antes que á mí.....

— Yo estaba poniéndome un gorro para recibir á Su Magestad.

— ¡ Con toda la gracia de un mochuelo, y, en este tiempo, dejaba vm. al gato el encargo de guardar la crema!

— A la verdad, Chiffinch, sus viajes de vm. por esos pueblos han hecho sus modales groseros con exceso: hasta las botas tienen algo brutal; y los vuelos de muselina sucios y arrugados, dan á las muñecas un aire de rusticidad, puedo muy bien asegurarlo.

— Creo que haré muy bien, dijo entre dientes, si empleo mis botas y muñecas en curarte de tu afectacion... Hablando despues alto, como quien trata de apoyar su argumento en una concesion arrancada á su adversario, y probar así que tiene la razon á favor suyo: — Estoy seguro, Kate, dijo, que debe vm. conocer estriban todas nuestras esperanzas en el rey.

— Fiése vm. en mí, Chiffinch; yo sé mejor que vm. lo que se debe hacer para poner de buen humor á Su Magestad. ¿ Cree vm. que sea el rey tan tonto que lllore como un estudiante porque se le ha volado el gorrión? Su Magestad tiene demasiado buen gusto para tomar

ese partido. Me sorprende de que vm., Chiffinch, vm., que siempre ha pasado por périto en materia de bellezas, añadió ella enderezándose, haya metido tanta bulla con esa campesina. ¡A fe mía! Ni aun tiene el mérito de estar gorda como la volateria nacida en la granja; es una verdadera alondra que de un bocado se puede comer con huevos y todo. ¿Qué importa donde va, ó de donde viene, ó donde va ella? Hay sin ella otras mas dignas de las atenciones de Su Magestad, aun cuando la duquesa de Portsmouth está en su mayor auje.

— Habla vm., Kate, de su vecina, mistress Nelly; pero se olvida de que su fecha es de tiempo ha. Tiene talento, pero es un talento para otra especie de compañía. La gerigonza que aprendió en una tropa de cómicos de la legua no es language conveniente para la cámara de un príncipe.

— Poco importa quien quiero decir y lo que quiero decir, Tom Chiffinch; pero yo digo que hallará vm. á su amo consolado por la pérdida de esta pieza curiosa de orgullo y puritanismo

con que quiere adornarle; como si no hubiera bastantes puritanos en el Parlamento para endiablarse al buen hombre, sin que vm. se los traiga tambien á la alcova.

— Muy bien, Kate; aun cuando tuviera un hombre el juicio de los siete sabios de Grecia, tendria todavia una muger en sí bastante sin razon para aturdirle. Ya no hablo mas; pero quisiera Dios que tenga el rey el humor que pensais, porque tengo orden de ir á buscarle para bajar por el rio, é ir con él á la Torre, donde debe hacer no sé qué inspeccion de armas y municiones. Bien diestros son esos pícaros que impiden al viejo Rowley ocuparse en los negocios; porque, sobre mi palabra, no le falta el deseo.

— Aseguro, respondió mistress Chiffinch haciendo dengues, pero poniendo en accion las gracias que queria presentar menos á su marido político que á su misma cara que miraba en un espejo; aseguro que hallaremos medio de darle ocupacion de modo que no le quede un instante libre.

— A fe de honrado, Kate, que hallo á vm.

mudada en extremo; y, para decir verdad, me parece que se ha vuelto vm. muy aferrada en sus opiniones. Me alegraré de que tal confianza esté bien fundada.

Sonrióse la dama con desden, y solo le dió una respuesta indirecta. — Voy á mandar apronten una barca para ir con Su Magestad por el Támesis.

— Cuidado con lo que vm. hace, Kate; nadie se atreveria á obrar así, no siendo damas del primer rango, la duquesa de Bolton, la duquesa de Buckingham, la duquesa de Ba....

— ¿A qué viene esa lista tan larga? ¿Piensa vm. no puedo yo presentarme tan bien como la mas altanera de todas las de esa letanía de B....?

— Sé muy bien que puedes tú disputarla á la mas grande B.... de toda la corte; haz pues lo que te se antoje; pero no te se olvide decir á Chaubert que disponga una merienda, ó una *cena de poca ceremonia* en el caso que se pida para la noche.

— ¡Y ahí es donde comienza y acaba toda vuestra ciencia política! ¡Chiffinch, Chaubert

y compañía! — Acábase esta sociedad, y no se tratará mas de Chiffinch entre los cortesanos.

— ¡Amen! Kate; y permitame vm. que la enseñe vale tanto contar con los dedos de otro como con su propio talento. Pero debo ir á dar las órdenes para la partida. Si toma vm. una barca, hay en la capilla algunos cogines de tisu de oro que puede llevar para cubrir los bancos, porque de nada sirven donde están.

Se vió pues la barca de mistress Chiffinch mezclarse entre las que formaban el séquito del rey en el Támesis. La reina estaba tambien allí, acompañada de las principales de la corte. La pequeña y gruesa Cleopatra, vestida tan grandemente como habia podido sugerirla su buen gusto, y sentada en los cogines bordados como Venus en su concha, no se descuidó en nada de lo que podia practicar el descaro y la zalameria para traer á sí las miradas del rey, pero no logró sino una señal de atencion de la que le hubiera ella dispensado muy gustosa. Como habia hecho avanzar su barca cerca de la de la reina mas de lo que permitia la etiqueta, y Carlos lo echó de ver, mandó á los bar-

queros en tono duro, que remaran en direccion contraria y que se retiraran del séquito. Mistress Chiffinch lloró de rabia, y contravino al consejo de Salomon maldiciendo al rey en el fondo de su corazon; pero no le quedaba otro partido sino retirarse á su casa, y dirigir las prevenciones de Chaubert para la cena.

Sin embargo la barca real se detuvo en la Torre, y el alegre monarca, acompañado de una festiva comitiva de damas y cortesanos, oyó los ecos de las prisiones de Estado, que repetian aclamaciones á que no estaban acostumbradas. En tanto que subian por la orilla del rio que corre por el centro de los edificios donde se levanta el castillo fuerte de Guillermo el Conquistador, llamado Torre-Blanca, que domina todas las fortificaciones exteriores, Dios sabe cuantas chanzonetas buenas y malas se oyeron, comparando la prision de Estado de Su Magestad con la de Cupido, ¡Cuántos paralelos se hicieron de los cañones con los ojos terribles de las damas! Semejantes palabras, proferidas con el buen tono de los agradables del tiempo, y oidas por las da-

mas con una sonrisa indulgente, formaban lo que se llamaba entonces la bella conversacion. Este enjambre divertido de cabezas sin meollo no se mantuvo constantemente unido á la persona del príncipe, aunque habia formado el acompañamiento en el Támesis. Carlos, distraido con mas frecuencia por la indolencia y los placeres, tomaba muchas veces resoluciones sabias y dignas de un monarca. Habia concebido el designio de inspeccionar por sí mismo el estado de las armas y municiones almacenadas por aquel tiempo en la Torre, como lo están hoy; acompañaronle tres ó cuatro cortesanos en esta visita, en tanto que los demás se divertian lo mejor posible en otros sitios de la plaza. Entró pues con los duques de Buckingham, Ormond y con otros dos señores en la gran sala, donde se ve hoy el mejor arsenal del mundo, y que le presentaba ya digno de la grande nacion á que pertenecia.

El duque de Ormond, bien conocido por los eminentes servicios que habia hecho á la causa real durante la gran guerra civil, era generalmente recibido por el monarca con bastante

frialdad, aunque algunas veces le pedía su dictamen, como lo hizo en esta ocasión, en que se podía recelar que el Parlamento, llevado de su celo por la religión protestante, se quisiese apoderar exclusivamente, y tomar bajo sus órdenes estos almacenes de armas y municiones. Mientras que conversaba el rey tristemente sobre la desconfianza que había entonces, y que discutían los medios de disiparla y de resistirla, el duque de Buckingham, quedándose un poco atrás, se divirtió en ridiculizar el exterior aturdido y los modales antiguos del viejo guarda que iba detrás, según el uso. Era precisamente el que había escoltado á Peveril hasta su nueva prisión. El duque se dedicó con tanto más gusto á su inclinación favorita de burlarse de todo, cuanto que advirtió estaba el viejo avinagrado, á pesar del respeto que infundía la presencia del rey, dando nuevo pábulo á su perseguidor. Las armaduras antiguas que cubrían las paredes dieron más que todo al duque motivo para ejercitar su ingenio, é insistió en que le contara el viejo guarda, desde el tiempo á lo menos del rey Arturo hasta el

dia, la historia de las batallas en que se habían usado, diciendo que ninguno podía acordarse mejor que él.

Sufría el viejo mucho, viéndose obligado, á fuerza de preguntas, á repetir leyendas absurdas, conservadas por la tradición acerca de cada una de estas armaduras. Lejos de verle blandir su partesana y tomar un tono enfático, como acostumbran los *ciceroni* guerreros, apenas era posible arrancar de este una palabra sobre un asunto de elocuencia ordinariamente inagotable.

—¿Sabes vm., amigo mio, le dijo el duque, que yo comienzo á mudar el modo de pensar relativamente á vm.? Suponia yo que debía vm. haber servido como yeoman de guardias en tiempo de Enrique VIII, y esperaba adquirir de vm. algun detalle sobre el campo de tisú de oro. Pensaba tambien preguntar de qué color era el lazo de las cintas de Ana Bolena, que costó al Papa tres reinos; pero recelo que vm. no sea más que un novicio en estos recuerdos de amor y caballería. Veamos, ¿es muy cierto que no te hayas introducido en este puesto

militar al salir de alguna tienda oscura de las cercanías de la Torre, y que no hayas cambiado una vara de medir por esta gloriosa alabarda? Estoy seguro de que aun no podrás decirme de quien ha sido esta armadura vieja.

El duque le indicó por acaso una coraza vieja colgada entre otras muchas, pero que parecia haberse limpiado con particular esmero.

— Debo saberlo, respondió el guarda con desenfado, pero con la voz algo alterada, porque conocí un hombre que la llevaba, y que no hubiera sufrido la mitad de las impertinencias que llevo oidas en este dia.

El tono del viejo y las palabras que acababa de pronunciar, llamaron la atencion del rey y del duque de Ormond, que distaban solo dos pasos. Paráronse ambos, se volvieron, y Carlos le dijo al mismo tiempo: — ¿Qué quiere decir eso, pícaro? ¿Así es como se responde? ¿quién es ese hombre de quien hablas?

— Hablo, dijo el guarda, de un hombre que ya no es nada, sea cual fuere el título que haya podido reclamar en otro tiempo.

— Este viejo habla seguramente de si mismo,

dijo el duque de Ormond, examinando mas de cerca la fisonomía del guarda, que procuraba en vano evadirse de esta inspeccion. No me son ciertamente desconocidas sus facciones. ¿No era vm. mi amigo antiguo el mayor Coleby?

— Me hubiera alegrado que la memoria de Vuestra Señoría hubiera sido menos fiel, respondió el viejo poniéndose encarnado y bajando los ojos.

— ¡Dios mio! dijo el rey sobresaltado. ¡El bravo mayor Coleby, que vino á encontrarnos á Warrington, con sus cuatro hijos y ciento y cincuenta hombres! ¿Es esto cuanto podemos hacer por nuestro antiguo amigo de Worcester?

Corriáanse las lágrimas al viejo, en tanto que respondió al rey: — No penseis en eso, señor; estoy bien aqui: soldado viejo amohecido, en medio de armas viejas. Para un antiguo Caballero mejor acomodado, se cuentan veinte que merecen mas lástima que yo. Siento mucho que Vuestra Magestad lo haya sabido pues que por ello se apesadumbra.

Carlos, con aquella bondad, que excusa bas-